

LA SOLUCIÓN A LA FIEBRE

Una mañana más, se sentía víctima profusa del estornudo maldito y la molesta congestión nasal, aquella que podía asfixiarle mientras comía. Volvió a sentir punzadas en la garganta cuando tragaba saliva y al levantarse de la cama, se había mareado hasta tal punto que se vio obligado a cerrar los ojos con fuerza y agarrarse a un lateral de su pesada estantería. Aquella mañana el martilleo del despertador le había sentado especialmente mal, pero aun así estaba en su deber de soportar de nuevo aquellas ponencias, aquellas conferencias enfermas y divagantes de esos mismos magistrados a los que había llegado a admirar en sus primeras semanas como estudiante universitario. Por norma general no le desagradaba demasiado aquella carrera; se sentaba muy al fondo del aula, junto a compañeros aplicados pero para nada misántropos, por no contar que una gran parte del alumnado eran chicas inmersas en la edad perfecta de sugestión bajo sus ropas. El entorno, para él, era la clave en el éxito estudiantil, y no el método de estudio o el germen familiar, como siempre había escuchado en aquellas tertulias mañaneras, donde el tedio se apodera de uno y acaba por darse al café y la bollería. Pero de todos modos, aquella mañana había comenzado con mal pie, fiel compañero de un estado físico deplorable y, al contrario que cuando iba al instituto, no podía ir a la cocina a poner cara de enfermo a su madre y pedirle por favor que le permitiera quedarse en casa aquel día, porque el horario de sus clases universitarias no era ni de lejos el mismo que le oprimía tanto en secundaria como en bachiller, donde, de todas formas, ya tomaba él sus propias decisiones acerca de la asistencia o no a clase. Miró al reloj. Habían pasado ya ocho minutos desde que sonara el despertador, ocho minutos que retumbaron en su cabeza mientras se tambaleaba mareado por la habitación, antes de sacar la ropa del armario y dirigirse sonámbulo a la ducha.

El camino hacia la estación de tren se le hizo menos plomizo de lo que había presupuesto, pues iba absorto en sus pensamientos de rosas y vinos. Luego pasó frío esperando al tren, más del habitual, pero el candor de su frente y sus mejillas compensaron la exposición al gélido viento de finales de febrero. Todos los que esperaban en el andén presentaban, a buen seguro, mucho mejor aspecto –externo- que él. Todos atareados, con el periódico bajo el brazo, sus bufandas y sus guantes, esos abrigos anchos que tanto abrigaban. Caras de congestión pero no por los mocos como era su caso, sino por el propio frío, ojos perdidos y aun así legañosos, cabellos perfectamente repeinados. Mientras el tren se detenía, se miró reflejado en las ventanas. Un adolescente sin afeitarse, sin peinar, con la nariz no roja sino casi púrpura, los ojos inyectados en sangre con los párpados a medio abrir y la boca sin ángulo alguno, muerta sobre la barbilla. Subió tranquilo al tren, esperando encontrar algún asiento libre, pues aunque aquella fuera la segunda estación del trayecto siempre estaban abarrotados los vagones, pero encontró un par de ellos a lo lejos y otro justo a la entrada, junto a la puerta. Lo desplegó y se dejó caer en él, intentando sorber los mocos. Ubicó la mochila entre sus piernas y después de un vistazo a aquellos monigotes soñolientos y malhumorados que habitaban el vagón, echó atrás la cabeza y pensó que hubiera sido mejor quedarse durmiendo.

Siempre había compañeros de clase en el pasillo, pero rara vez se detenía a saludarles por apegados que fueran, pues su deseo era entrar en el aula, dejar todo a un lado y volver a aposentar su trasero sobre cualquiera de aquellas incómodas sillas. Todo le recordaba al tren. Las ventanas con su paisaje, las sillas plegables, la masificación en el tercio posterior del aula, y la congestión en el pasillo central de la misma cuando alguien veía aproximarse al profesor en cuestión y lanzaba una alarma silenciosa que

iba reproduciéndose de boca en boca hasta que a todos les da por aborregarse y luchar por entrar a la vez por la misma puerta. Lo que no le recordaba tanto al tren era hablar con la gente. Ya en el aula, era un ser sociable, extrovertido, feliz, conforme. Y hablaba con todo el que se le pusiera por delante, algo que en el tren estaba totalmente fuera de lugar. En el transporte público la gente sólo intercambia palabras furiosas a las siete de la mañana, empujones y efluvios corporales.

Las mesas del aula estaban hechas una pena. El brillo con que les habían recibido el primer día de clase, allá por octubre, había dejado paso a una guarrería sin precedentes, al pintarrajeo más variopinto, que bien podía ser objeto de estudio de cualquier proyecto sociológico. Desde poesías a chistes, pasando por los clásicos dibujos soeces y las sentencias más lúcidas que uno podía encontrar a lo largo de su vida. Del aburrimiento nace la genialidad, cómo decía una de ellas. Corazones atravesados con flechas, caricaturas, nombres por doquier, emulando firmas eternas escritas a bolígrafo. Eternas porque al personal de limpieza no le convenía ni de lejos repasar todas aquellas mesas a diario y dejarlas impolutas para que, a la mañana siguiente, un profesor taciturno impulsara a sus alumnos al suicidio gráfico en su respectivo espacio vital de madera. Aunque siempre solía sentarse a la misma altura, un día innovó y ocupó un sitio cercano al pasillo central, el que dividía los dos bloques de asientos, y leyó unas cuantas frases que apuntó en su agenda. Entre ellas, una que decía: *“La de la izquierda gana desnuda”*, acompañada de una flecha que señalaba efectivamente al asiento delantero que quedaba a la izquierda de aquel. A esa frase había respondido alguien: *“Pues a las de atrás hay que quererlas”*.

Aquella mañana aguantó como pudo el bombardeo de información, que intentaba plasmar en sus humildes folios mientras la fiebre le hacía perder la atención y notaba como se le cerraban los ojos. En uno de los cambios de clase, se giró hacia su compañero y le dijo:

-Tío, ¿has visto la parejita que se nos ha formado aquí? La del tío que parece una tía... el que el primer día ganó el libro que sorteaba el profesor y dijo... *“joder, es la primera vez que gano algo”*

Sabía a quién se refería. Los ojos se le fueron enseguida a la pareja en cuestión, y asintió. No quería que le acusaran de entrometido, pero metía las narices siempre donde podía, no podía irse a la cama sin tener algo en lo que pensar. Algo que no fuera, evidentemente, tías desnudas.

-Son feos de cojones, ¿eh? Joder... ella no es fea... pero es extrañísima... parece tener cuarenta años, tiene cara de muñeca de porcelana estropeada por el paso del tiempo. Cuando le tocó el libro dijo que era la primera vez que le tocaba algo... y creo que estando con esa tía, también ha sido la última.

Sus risotadas febriles resonaron en todo el aula. Su compañero arrugó la cara en algo que también parecía una media sonrisa. El comentario también había llegado a oídos de los de la fila de delante suya, donde a la izquierda no había ninguna chica que estuviera mejor desnuda, sino un adolescente obeso que pareció esbozar un proyecto de sonrisa, aquel típico adolescente que llegaba a la universidad después de años sin salir de casa los fines de semana, cambiando cubatas y tías borrachas dispuestas a *todo* por libros de álgebra y ciencias naturales. Quedaba sólo una hora de clase, una de las más pesadas, el típico módulo en el que todos recogen sus cosas y bajan a la cafetería a liar porros y jugar al mus. Lo de jugar al mus en la universidad no es una leyenda urbana, si hubiera una asignatura optativa dedicada a éste juego de naipes, tendría a buen seguro una gran acogida entre cuatro quintas partes de los alumnos de cada facultad. Soterró la fiebre como pudo hasta que llegó el profesor a soltar su parrafada, y entonces volvió a agarrar su insulso bolígrafo azul, pero en vez de comenzar a tomar apuntes, buscó

aquella frase (“*la de la izquierda gana desnuda*”) y anotó, con caligrafía vacilante: “*Lo sé*”.

Cuando acababa la jornada, tampoco solía quedarse a charlar con sus compañeros en las inmediaciones de la facultad, y aquel día no fue ni mucho menos una excepción. Quería llegar a su casa cuanto antes y tumbarse en la cama a moquear, sudar y alejarse de aquella maldita fiebre, ese tipo de fiebre que no te hace delirar pero sí te hace sentir cansado, inútil. Había leído hacía tiempo en un libro que desde luego sudar era la mejor arma contra la fiebre. Así que, aunque llegara a casa a las dos de la tarde, pretendía cubrirse en su querida cama con todo lo que tuviera a su alcance, y sudar como nunca lo había hecho. Pero tenía por delante todavía hora y cuarto de trayecto en el odioso transporte público, y en la mochila guardaba un libro a medio leer y tres periódicos de esa misma mañana, de los que reparten en las estaciones de tren y metro, de modo que mantenerse despierto no debía suponer un problema. Y tenía que mantenerse despierto porque no podía dormir ni tan siquiera quince minutos si llevaba las lentillas puestas, pues despertaba con los ojos enrojecidos e irritados como si hubiera restregado ortigas por ellos, y sabía que aquel era uno de los peores días que podía elegir para echar una cabezada llevando aquellas prótesis transparentes en los ojos.

El itinerario de vuelta tampoco registró ninguna incidencia reseñable: gente acalorada, malhumorada, con sus carpetas, bolsos, mochilas. Hablando por el móvil, leyendo el periódico o sencillamente mirando a través de las ventanillas, absortos en aquel paisaje que no variaba nunca, el mismo que les acompañaba siempre que iban recorrían el mismo trayecto. Solamente se limitó a buscar asiento en el tren, volver a dejar la mochila en el suelo, entre sus pies y, en intervalos, leer, mirar por las ventanas, jugar con el teléfono móvil o revolver papeles en su carpeta, intentando organizar sus apuntes, algo que se le antojaba ridículamente imposible. Cuando llegó a la estación, bajó la mirada al suelo, fijándola en la mochila y resopló, sintiéndose de nuevo presa fácil del aburrimiento anodino que instalaba en su organismo aquella violación de su salud. Se puso de pie, agarró con fuerza la mochila y aguardó frente a la puerta del vagón, mientras los demás se agolpaban alrededor buscando la medalla de oro al que saliera primero al andén. Le hastiaba aquel hiperbólico ansia que parecía ocupar a todo el mundo en eso de la feroz competencia manifiesta en cuanto al transporte público se refería: a pelearse cada mañana a base de empujones y codazos por un asiento libre, a pugnar por ser el primero en bajar del vagón cuando se abrieran las puertas. Como si llegar antes o después al trabajo les refutara el disfrute máximo de sus vidas, como si aquellos vestigios de lucha prehistórica por las primeras posiciones en un terreno moderno tuviera de alguna u otra forma, algún tipo de recompensa insuperable; pero aquel día no pensaba enfadarse con la vieja que le empujaba con el hombro para adelantarse frente a la puerta, ni tampoco correría bajando y subiendo las escaleras de la estación porque tuviera detrás a un empresario calvo y bañado en colonia barata cuyos zapatos resonaran impertinentes en el suelo a cada paso. La fiebre le había sedado y pensó que podría detenerse a estornudarle a todos y cada uno de los viajeros para intoxicarles con aquellas gotitas de saliva víricas y contagiarles su parsimonia. Pero antes de dejarse al genocidio biológico, optó por intentar arrancarse la incomodísima sensación que le oprimía la frente y comenzó a bajar escaleras.

El breve camino a casa tampoco debió apartarse demasiado de su rutina, de no ser porque fue durante ese trayecto cuando la cordura decidió abandonarle.

Cruzó la primera carretera, cerciorándose antes de que el riesgo de ser atropellado fuera nulo, y una vez en la calle que conducía directo a su portal, aflojó un

poco el peso de la mochila sobre su hombro y cerró los ojos unos segundos, sin dejar de caminar. Pensó que lo mejor al llegar a casa sería dejarse caer sobre la cama y no despertar hasta que se consumiera. Quizás incluso se diera una ducha antes de abordar el sueño, pero en aquel momento no se sentía con ganas siquiera de descorrer la cortina. Optó por abrir los ojos en ese momento aun a sabiendas de que se marearía al encontrarse de nuevo con la luz del mediodía, pero lo que encontró a su alrededor fue mucho más tétrico que cualquier sueño absurdo que hubiera imaginado, de esos que él solía tener tan a menudo y que, en ocasiones, plasmaba en el papel. Para empezar, no había luz de mediodía; el sol no existía. Daba la perfecta sensación de que ya había anochecido, pero había algo más allá: las farolas no estaban encendidas y aún así, desde la oscuridad del cielo, algo –que no era la luna- alumbraba todo. Después topó con que todas las tiendas estaban cerradas, con los toldos y cierres echados, pero en algunas incluso se habían levantado barricadas de listones de madera en puertas y escaparates. Por el momento no pensó en que estuviera delirando, porque todo aquello le parecía demasiado real. No se trataba de un sueño ni alucinación, porque el cuadro carecía de aquel matiz levemente obvio que distingue la realidad de la ficción. Ese mismo matiz que, por ejemplo, nos hace seguir asustados cuando despertamos de un mal sueño. Sin embargo, en aquel momento, era todo tan surrealista...

De modo que cerró los ojos, esta vez con fuerza, y se detuvo. Estaba tan convencido de que toparía con la luz del sol y el ajetreo de los pequeños comercios cuando despertara, que cuando volvió a dar de bruces con la oscuridad más horripilante y el toque macabro que bañaba todas aquellas tiendas fantasmagóricas, llegó a ahogar un grito en su garganta que no llegó a más que un simple gorjeo. La misma luz que lanzaba el cielo negro, sin luna ninguna que lo adornara, las mismas farolas estériles y las mismas tiendas cerradas. Casi inconscientemente, miró su reloj: las dos menos veinte del mediodía. 13.41, para ser más exactos. Al igual que sabía que aquello no era una alucinación, supo que tardaría en dar esquinazo al extraño entorno en el que se habían tornado aquellas calles que tan bien conocía. Pensó en reanudar la marcha, pero no sabía a dónde ir. Giró sobre sí mismo pero nada de lo que vio le animó mucho más: no pudo distinguir la más leve mota de movimiento en aquellas calles, en las carreteras. Ni un solo sonido, todo en silencio, vacío y oscuro, como en una película muda. Pero de repente, a su espalda, escuchó algo que le erizó el vello de los brazos, y aunque le aterraba realmente volverse para encontrarse con aquello que había escuchado, su curiosidad fue aún mayor y dirigió su cuerpo hacia el ruido.

Incesante, melancólico, se elevaba sobre el aire una especie de cántico lúgubre que por un momento llegó a reconfortarle –no estaba sólo en aquel sitio, lo cual no dejó de ser un consuelo tácito-, pero que a posteriori acabó por desquiciarle. Aquello que escuchaba era una especie de oración monótona; le recordó demasiado a los rezos de la iglesia, tanto en su tono invariable como en el reparto de las voces, pues eran unas pocas. Juzgó que habría unas cinco o seis personas cantando lo mismo al unísono, pero en un idioma que no pudo descifrar. Se asemejaba al latín, pero algunos sonidos líquidos característicos de lenguas árabicas desechaban la opción. Más allá de ser totalmente inteligible, el canto iba tomando fuerza poco a poco. Fueran quienes fuesen los que lo estuvieran cantando, se acercaban. Y aquella idea ya no le reconfortó tanto. Pero en contra de su logística, una vez más, cuando lo más fácil hubiera sido irse en dirección contraria a aquella sombría oración, reanudó la marcha en dirección a ésta. Realmente lo que quería era llegar a casa cuanto antes y acostarse pero la fiebre y el malestar habían pasado, si no a un segundo plano, si a un lugar de su memoria donde no se les trascendía mayor importancia. Las piernas no le fallaban, el cuello le había dejado de doler y la mochila ya no le aplastaba incómodamente el hombro izquierdo; lo que

tenía entre ceja y ceja eran aquellos rezos extraños, cantados en una lengua que no había escuchado jamás, una mezcla de latín y árabe que sonaba realmente cacofónica y aun así, enigmáticamente dulce.

La intensidad del cántico ascendía notablemente. Pensó que, cuando aparecieran sus autores, no habría tímpano humano que lo resistiera. Ya resonaba contra las paredes pero, curiosamente, no producía eco en el vacío material de aquel barrio. En su interior, una fuerza luchaba por convencerle de que todo aquello formaba parte de una febril visión, algo que estaría soñando en el tren, donde a pesar de las lentillas, había sucumbido al sueño y el aburrimiento. Aun así, continuó andando, pero con pausa, presumiblemente en dirección a los rezos, que por su parte no consentían silencio alguno. Antes de seguir pensando en quiénes podrían cantar de aquella manera, sin descanso ninguno, en aquella extraña lengua, decidió que sería interesante probar si aquello realmente no era otra cosa que un sueño estúpido. Así que volvió a detenerse, cerca de la intersección de calles donde ya podía desviarse en dirección a su casa, y cerró los ojos con fuerza. Intentó no pensar en nada mientras los mantenía cerrados, pero aquel maldito cántico le perforaba los oídos y anulaba cualquier pensamiento ajeno que pudiera cruzarle la cabeza. Recordó que, antes de cerrar los ojos, y dentro de lo esperpéntico y surrealista, todo estaba en orden. Pero cuando volvió a abrirlos, esperando encontrarse con una estación de tren abarrotada y con aquel sabor a siesta en la lengua, todo cuanto había visto con anterioridad en su vida que le hubiera provocado pesadillas quedó en mera anécdota ante lo que tenía frente a sus narices.

El cielo ya no era negro, sino morado. Y no era un color violáceo de atardecer, sino un violeta enfermizo, brillante pero justiciero. A lo lejos, la luna llena yacía paralela a una bola naranja incandescente a la que dolía mirar directamente. Supuso que sería el sol, aunque fuera técnicamente imposible. Y no había asfalto, ni aceras. No había papeleras, tiendas ni portales. Las paredes de los edificios eran adustas en decoración: los ladrillos reflejaban cansinamente el brillo que despedían aquellas dos esferas que presidían el cielo. Y en cuanto al cántico... cuando bajó la mirada hacia el lugar de dónde procedía, siendo pronunciados sus versos con mayor celeridad, y vio *aquello*, prefirió realmente estar muerto. Ante él, a unos treinta metros, cruzando lo que antes había sido una carretera, cinco personas caminaban con pasos lentos, arrastrando los pies. Y cantaban. Cuando se liberó del shock en el que había caído en un primer momento, descubrió que eran monjas. Aunque no podía adivinar sus caras, sus figuras sugerían la feminidad. Quiso volverse y huir, pero los pies no le respondieron. Ahora que tenía los cánticos más cercanos, intentó centrarse más en la lengua en la que los cantaban. Observó que no repetían ningún vocablo, que todo cuanto pronunciaban no se había registrado antes en ningún verso. Y sorprendentemente, rimaban. Todo cuando decían rimaba con lo anterior. Y eso le asustó un poco más, porque le hizo volver a las clases de métrica, que tan mal se le había dado desde pequeño. Asonante, consonante, alejandrinos. Siete sílabas... sinalefa. Sacudió la cabeza, absolutamente absorto en aquella imagen. No pensó en qué pasaría si le descubrían ahí, con la mochila al hombro, despeinado y sin afeitarse, detenido en medio de la nada, mirándolas fijamente. Aquel entorno apocalíptico, caótico, era sin duda el caldo de cultivo perfecto para que aparecieran de repente cinco monjas rezando en una lengua desconocida para él. Repentinamente, sus piernas respondieron a su estímulo anterior, con evidente retraso y contradiciendo la orden. Con lo cual, en vez de huir en sentido contrario, fue acercándose a las monjas, que no detuvieron ni su paso ni su canto en ningún momento. Una vez las tuvo a unos diez metros escasos, contempló, horrorizado, que no eran monjas. No eran monjas porque eran chicas jóvenes, a la sazón mucho más jóvenes que él, con los rasgos perfectos, los rostros muy similares, aniñados, que acabaron por

puntear aquella sensación de enajenación absoluta. Lo “mejor” es que no abrían la boca para cantar. Que el canto surgía directamente de ellas, como si bajo aquellas ropas llevaran algún tipo de altavoz que reprodujera una grabación eterna, que jamás se repitiera. Hizo verdaderos esfuerzos por asimilar todo aquello como un mal sueño que jamás sería capaz de dejar en el olvido, pero algo le llevaba a registrar todo cuanto estaba viendo como una experiencia enriquecedora y necesaria. Curiosamente, llevaba un rato sin sentirse mal por la fiebre, y lo que sí había notado es que la congestión nasal también había desaparecido. Nunca había sido un tipo miedoso, pero aquellas vicisitudes repentinas sin explicación ninguna le descolocaban tanto que se sumía en una espiral inconstante de estupideces ordinarias. Le asolaban las tonterías más primordiales que siempre habían surcado su vida, todas aquellas estupideces con las que había hecho reír –o no- a sus amistades. Pero, bajo un cielo violeta con dos lunas llenas, una blanca y otra naranja, ver a cinco monjas pausadas de las que salía un canto espeluznante, se asemejaba más a lo improbable y onírico que a lo gracioso y recurrente. Irritado, se lanzó ferviente a por aquellos cinco cuerpos frágiles (pensó que si sus caras eran de niña, sus cuerpos también lo serían), decidido a que alguna de ellas le matara y pudiera despertarse de una vez. Dejó la mochila caer al suelo, y apenas reparó en que no existió sonido de impacto alguno. Trotó hacia aquellas dulces monjitas cantarinas y antes de llegar a ellas, éstas volvieron la cabeza al unísono y la expresión en sus caras se enfureció. Los ojos desaparecieron en sus cuencas y las bocas, que por fin se abrieron, dejaron escapar un estridente grito que le aturdió en el acto, precipitándole al suelo. Cayó de espaldas, pero se apoderó de él una extraña sensación, como si no hubiera tocado suelo firme aunque tenía constancia que estaba tendido boca arriba. Sin detenerse en tales pensamientos, volvió a levantarse y cuando quiso correr de nuevo hacia aquellas aberraciones, algo le detuvo. Una fuerza a sus espaldas le atraía hacía atrás, y antes de que girara la cabeza, supo que desaparecería. Detrás de él, el vacío fue aún más vacío por unos segundos, y le succionaba en su dirección. No opuso resistencia alguna, y fue alejando su perspectiva, dejando que las monjas fueran desapareciendo en el horizonte. Atraído por aquella fuerza, no tuvo más remedio que cerrar los ojos y esperar a despertar de una vez por todas. La próxima vez que su madre le aconsejara abrigarse para salir a la calle, haría lo imposible por seguir al pie de la letra sus indicaciones. No soportaría más sueños como aquel.

Y en éstas estaba, tan convencido de su salvación, cuando sin esperarlo ni de lejos, sintió algo frío contra su cuello. Algo que inmediatamente se hundió con fuerza, rascó su tráquea y salpicó sus mejillas con la sangre caliente de la carótida. La cabeza acabó por separarse limpiamente del cuerpo con un desagradable chasquido y, en aquella oscuridad, con el canto de las monjas repitiéndose inerte en sus oídos, identificó su mochila a lo lejos antes de cerrar los ojos para no volverlos a abrir.